



Traducción

Putin quiere un Choque de Civilizaciones. ¿'Occidente' está cayendo en la trampa? The New York Times

11 de marzo de 2022

Por Thomas Meaney¹

BERLÍN — En medio del horror a quemarropa por la invasión rusa de Ucrania, la zona de guerra en expansión en Europa parece haberse convertido en una zona de confort para gran parte del establecimiento político de Estados Unidos. En su discurso sobre el Estado de la Unión, el presidente Biden declaró que, frente a la agresión de Vladimir Putin, “vemos una Europa más unificada, un Occidente más unificado”. Él está en lo correcto. Nacionalistas polacos y los burócratas de la Unión Europea son repentinamente compañeros de armas. De vuelta en casa, los republicanos y los demócratas han dejado de lado las diferencias sobre el cambio climático y los derechos de voto por un enemigo que parece haber surgido del elenco central de la Guerra Fría: un imperio del mal está nuevamente en marcha en Europa.

La invasión de Rusia también ha proporcionado el equivalente geopolítico de CPR para la OTAN. Las perennes solicitudes de Washington de que los europeos paguen su parte por la organización de seguridad que los defiende se ha encontrado con una votación sin precedentes en Alemania para aumentar el presupuesto militar de su país y su contribución a la alianza. Turquía, durante años un miembro deshonesto de la OTAN que compró armas y forjó alianzas tácticas con Putin, ha vuelto al redil como miembro de buena reputación, habiendo suministrado los drones Bayraktar que, según se informa, han frustrado a las fuerzas rusas y cerrado el Bósforo. y el Estrecho de los Dardanelos a los barcos de guerra.

La unificación en Europa de la que habla el Sr. Biden es ciertamente real, pero en una cruel paradoja, la cohesión europea parece lograrse solo si se une más al mástil del poder y las prerrogativas estadounidenses. La idea de una Europa geopolíticamente autónoma que actúe independientemente de los Estados Unidos, una visión históricamente apreciada por los franceses, se está volviendo rápidamente impronunciable. Aunque el hecho a veces no se registra en Washington, los europeos viven en Europa y evalúan sus amenazas de manera diferente a sus proveedores de seguridad estadounidenses, que se encuentran a 5.000 millas de Moscú. Cuanto más confundan Europa y Estados Unidos sus intereses de seguridad, menos podrá Europa desarrollar su propio lugar en el mundo y desempeñar el papel de mediador entre Estados Unidos y las potencias rivales.

Pero el mayor problema es que “Occidente”, unificado y comprometido con la lucha contra el autoritarismo como dice ser, está mostrando signos de compartir la lógica altamente elaborada de identidad y conflicto entre civilizaciones de Putin. El resultado puede ser una contienda en

¹ El Sr. Meaney escribe sobre política exterior, relaciones internacionales e historia de EE. UU. para The New Yorker, London Review of Books y otras publicaciones.



escalada en la que cada adversario desafiaba al otro a creer que su identidad de civilización inflada está —existencialmente— en peligro.

Eso se debe a que la agresión de Putin también ha revivido otra idea que estaba en boga últimamente: la civilización occidental. En un notable discurso en Polonia en 2017, Donald Trump se esforzó por revivir la idea de la defensa de la civilización occidental, pero para los liberales occidentales fueron más palabras huecas de un hombre que cuestionaba la existencia de la OTAN. Ahora se ha vuelto a hablar de "Occidente", y los términos que lo acompañan, "el mundo libre" y "civilización occidental", han sido llamados al servicio activo.

Una de las cosas llamativas de la "civilización occidental" es que, como idea, no es particularmente antigua. Pasó a primer plano durante la Primera Guerra Mundial, cuando los liberales anglófonos concibieron la lucha contra Alemania y sus aliados, los imperios otomano y austrohúngaro, como una guerra de la civilización occidental contra el despotismo oriental. John Maynard Keynes, un liberal cosmopolita, estaba convencido de que había un abismo civilizatorio incluso entre alemanes y anglosajones, mientras que los rusos, aunque aliados de Occidente, estaban mucho más allá de los límites de la modernidad occidental. A raíz de la Primera Guerra Mundial, los cursos sobre "Civilización occidental" comenzaron a impartirse en las universidades estadounidenses de élite.

Al comienzo de la Guerra Fría, el término "Mundo libre" reemplazó a "Occidente" porque el poder estadounidense exigió una bandera más globalmente inclusiva que pudiera unir a los vietnamitas del sur, los indonesios y otros en la guerra contra las "sociedades esclavistas" comunistas. Después de la Guerra Fría, sin embargo, pensadores estadounidenses conservadores, como Samuel Huntington, revivieron la idea de "civilización occidental" como una forma de dramatizar cómo un conjunto de valores estaba ahora asediado por nuevas amenazas: inmigrantes, terroristas y relativistas morales.

Se suponía que el final de la Guerra Fría disolvería la división Este-Oeste. Nadie asumió esto más que el propio Putin, quien una vez estuvo ansioso por unirse al club de Occidente. Cuando llegó al poder por primera vez a principios de siglo, jugó con la idea de que Rusia se uniera a la OTAN, que milagrosamente no quedó obsoleta por la desaparición de su razón de ser, la Unión Soviética. "¿Cuándo nos va a invitar a unirnos a la OTAN?" Según los informes, Putin le preguntó al secretario general de la alianza, George Robertson, en 2000. Cuando Robertson explicó que el club tenía un proceso de solicitud, Putin lo rechazó: "Bueno, no estamos a la altura de muchos países. eso no importa.

Todavía era imaginable en ese período que la Unión Europea también podría algún día incluir a Rusia. Al final de la Guerra Fría, el presidente François Mitterrand de Francia incluso planteó la idea de una nueva organización, una Confederación Europea, que incluiría deliberadamente a la Rusia soviética, pero no a los Estados Unidos. Durante sus primeros años en el poder, los políticos y periodistas occidentales vieron a Putin de manera positiva. Thomas L. Friedman de The Times aconsejó a sus lectores que "siguieran alentando a Putin" en 2001, mientras que Madeleine



Albright lo llamó una "persona capaz de hacerlo" y Bill Clinton lo consideró alguien "con quien Estados Unidos puede hacer negocios".

Clinton quizás tenía más razón de lo que creía. La actitud transaccional que identificó parecía ser la clave para entender al presidente de Rusia. Putin había heredado una visión muy particular de lo que realmente era "Occidente". Para él, era, según Gleb Pavlovsky, un antiguo colaborador cercano, sinónimo del orden capitalista liberal, que entendía en términos de caricatura soviética: significaba tolerar a los oligarcas, privatizar las industrias estatales, pagar y aceptar sobornos, vaciar la capacidad estatal. y tener alguna apariencia de poder compartido. Putin pensó que sus predecesores, Mikhail Gorbachev y Boris Yeltsin, habían fracasado porque no entendieron esto.

El propio Putin actuó como un candidato inteligente a "Occidente" en muchos aspectos. Se unió valientemente a la "guerra global contra el terrorismo", permitiendo más tarde que Estados Unidos usara sus bases para la guerra en Afganistán, y extinguió una insurgencia "terrorista" en casa. Desde que llegó al poder, Putin también ha convertido a Moscú en un modelo de rectitud fiscal y, según el exasesor, exploró la idea de instalar un sistema bipartidista al estilo estadounidense en Rusia.

Pero como la economía que presidía Putin amenazaba con colapsar en una bonanza de despojo del estado, trató de apuntalar el sector estatal y recurrió a medidas cada vez más autoritarias en casa. Cuando los países del antiguo Pacto de Varsovia dieron la bienvenida a la expansión de la OTAN, cambió a una comprensión más civilizatoria del lugar de Rusia en el mundo, una basada en los valores "orientales": la Iglesia ortodoxa, el chovinismo patriarcal, los edictos contra la homosexualidad, así como la noción de un mayor identidad étnica rusa cuya antigua fuente es inconvenientemente Kiev, Ucrania. Manifestantes como las Pussy Riot y otras que atacaron directamente esta imagen neocivilizadora recibieron una rápida retribución.

El giro de Putin reflejó un fenómeno más amplio de economías liberalizadoras lideradas por autoritarios que intentan llenar un espacio ideológico vacío que parecía estar a punto de ser llenado por la idolatría occidental. En China, también, a fines de la década de 2000, hubo un giro hacia una comprensión de la civilización en Beijing, donde los lectores diligentes del Sr. Huntington han difundido nociones de la civilización china en forma de Institutos Confucio globales o un programa para la "autoconfianza cultural". ", y que hoy expresa el presidente Xi Jinping en su elíptico "pensamiento".

Turquía también, bajo el presidente Recep Tayyip Erdogan, ha impulsado una visión de una esfera neo-otomana que se extiende desde el norte de África hasta Asia Central, lo que es un repudio directo de la visión más limitada de Atatürk del nacionalismo turco. Más recientemente, el primer ministro Narendra Modi de la India ha revivido las ideas sobre la supremacía hindú, glorificando el pasado antiguo de su nación (Hindostán es su Kyivan Rus) y usándolo como una cachiporra contra sus oponentes. El giro hacia la imaginación civilizatoria proporciona una palanca útil para las élites gobernantes que quieren suprimir otras formas de solidaridad, ya sea de clase, regional o ecológica, y restringir los atractivos del cosmopolitismo para sus élites económicas.



A pesar de todas las conversaciones sobre cómo Ucrania está ganando la guerra de relaciones públicas, a pesar de las pérdidas en el campo de batalla, hay un sentido en el que Putin ya ganó en otro nivel de encuadre del conflicto. Cuanto más escuchamos sobre la resolución de “Occidente”, más aparecen los valores de un orden internacional liberal como el conjunto provincial de principios de un pueblo en particular, en un lugar en particular.

De los 10 países más poblados del mundo, solo uno, Estados Unidos, apoya importantes sanciones económicas contra Rusia. Indonesia, Nigeria, India y Brasil han condenado la invasión rusa, pero no parecen preparados para seguir a “Occidente” en sus contramedidas preferidas. Los estados no occidentales tampoco parecen dar la bienvenida al tipo de perturbaciones económicas que resultarán, como lo expresó el senador Rob Portman, de “poner un lazo a la economía de Putin”. El norte de África y el Medio Oriente dependen de Rusia para obtener productos básicos, desde fertilizantes hasta trigo; Las poblaciones de Asia Central dependen de sus remesas. Parece poco probable que las grandes interrupciones de estas redes económicas alivien el sufrimiento de Ucrania.

Aunque han sido notablemente eficaces para matar de hambre a los niños iraquíes, iraníes y ahora afganos mientras satisfacen el apetito estadounidense por el engrandecimiento moral, las sanciones económicas modernas rara vez han frenado el comportamiento de un régimen. La falta de entusiasmo en todo el mundo por el hecho de que “Occidente” apunte su arma económica contra Rusia indica que el resto del mundo está preocupado no solo por un empobrecimiento económico más amplio, sino también por la escalada global de un conflicto entre dos “civilizaciones” que comparten la preponderancia de las armas nucleares del mundo entre ellos.

El propio Putin llegó al poder sobre los escombros del caos económico de Rusia en la década de 1990. Sería temerario pensar que del nuevo caos económico infligido surgirá un ave fénix del agrado de Occidente.